JUDIT FERNÁNDEZ

EL SILENCIO DE LAS FLORES

Libros de seda

A Cristian, por haberme ayudado
a sacar adelante esta historia.

Prólogo

Ducado de Cloverfield, Inglaterra.
Primavera, 1861

El aire olía a dulce, cargado de diferentes aromas florales y un eco de brisa de sauce. La tarde estaba en su máximo esplendor y el cielo exponía sus colores como en un lienzo de arreboles rosas, violetas y anaranjados. Sin embargo, este idílico paraíso se presentaba como un infierno para aquel hombre asomado a la balconada de mármol. Tenía los nudillos blancos debido a la fuerza con la que se sujetaba a la barandilla y una expresión inmutable. No podía soportar estar en ese lugar ni un momento más. Todo lo que miraba le recordaba a ella.

Maldita fuera. Maldita fuera mil veces por haber aplastado su corazón como una fruta madura. Lo mordió, lo disfrutó y lo apartó como se desecha la basura; a él, que se lo había dado todo y la había amado sin reservas. Maldita fuera por hacerse amar. Incapaz de soportar aquellos pensamientos,

se dio la vuelta bruscamente y salió de la terraza. Su habitación era perfecta, justo como a ella le gustaba: pomposa y elegante. Furioso, cruzó la sala en cuatro largas zancadas y se plantó frente a la chimenea, donde se sirvió una copa del *whisky* escocés que había sobre la repisa para luego clavar su mirada en las llamas.

Como si el destino quisiese burlarse de él, oyó el paso alegre de unos tacones en el pasillo y la dueña de sus pensamientos abrió la puerta un instante después. Elisabeth Ann Whitehall estaba preciosa, exquisita y elegante como una reina, como siempre. La joven pasó la mirada de su esposo a la copa que tenía en la mano y, de esta, a la cama, donde un fajo de cartas abiertas descansaba sobre el colchón. Su expresión, hasta ese momento feliz, se enturbió y se acercó a él con cautela. Cuando posó su delicada mano sobre la camisa arrugada del hombre, él se zafó con un brusco ademán que la dejó perpleja.

—¿Qué te ocurre, Aiden? —se atrevió a preguntar.

—¿Todavía te atreves a plantear esa cuestión? —resopló él—. ¡Ah, cielo, que cínica eres! Te lo reconozco, eres una actriz de manual, nos engañaste a todos como a idiotas.

—No sé de qué hablas, amor, pero me duelen tus palabras —le acusó Elisabeth—. Es obvio que estás enfadado, así que dime qué es lo que ha sucedido para que pueda ponerle remedio.

—Lo sé todo, Elisabeth. No te molestes en seguir fingiendo, no tiene sentido.

La joven volvió a mirar las cartas que había sobre la cama y luego posó los ojos de azul celeste sobre el hombre

con el que estaba casada. Entonces, su expresión mutó de tal forma que incluso él tuvo que admitir su sorpresa. Su rostro angelical y armonioso pasó a ser frívolo en apenas un instante y alzó una ceja formando un arco perfecto. Una sonrisa burlona se instaló en sus suaves labios y Aiden se tensó.

—Bien, me alegro de que, al fin, haya ocurrido, no te soporto más —dijo Elisabeth—. Otra semana fingiendo esta aburrida vida y me habría convertido en piedra. Vosotros, los ¡oh! «perfectos duques Wadlington», muy regios, estirados y señoriales, no reconoceríais la diversión ni aunque os la presentaran en bandeja de plata. El único talento que tienes está entre las piernas, esposo mío, y para alguien con ambiciones, el lecho no lo es todo.

—Vaya, querida, esto sí que no lo esperaba —comentó Aiden en tono jocoso—. ¿Ni siquiera vas a intentar negarlo? ¿No vas a tratar de justificarte?

—¿Para qué? Es obvio que has leído las cartas —contestó ella.

—Cierto, cierto, las he leído, y no soy tan imbécil como piensas. Te informo de que tu jueguecito se ha ido al traste, mi amor, pues no has pensado en un detalle.

Elisabeth resopló y miró a Aiden con condescendencia, como si fuese un insecto.

—¿Y qué detalle podría ser ese? —se burló.

—No hemos bautizado aún al niño. Tu «Eddie» no lleva mi apellido —contestó Aiden con una sonrisa—. Ni tú ni él heredaréis nada, así que tendrás que cargar tú sola con ese bastardo que planeabas endosarme. Deliras si crees que voy a reconocer como mío al hijo de tu amante.

A la joven le cambió la cara en ese mismo momento y la sonrisa que adornaba su rostro se esfumó, sustituida por un sudor frío que comenzó a envolverle la piel. Tragó saliva ante la insolente mirada de su marido, que se sabía vencedor de aquella contienda.

—N-no lo harás, te conozco, Aiden —balbuceó Elisabeth—. Sería un escándalo, los Wadlington estaríais en boca de todos si no lo haces. ¡Tu padre no lo per...!

—¡Al infierno con mi padre, mujer, me importan un comino las consecuencias! —exclamó él—. ¡Tú y tu maldito hijo podéis pudriros lejos de mí, de mi casa y de mi familia, pues desde este mismo momento, anulo nuestro matrimonio!

—¿Me expulsas de Cloverfield? —repitió ella atónita.

—Eso he dicho —asintió Aiden, al tiempo que vaciaba su copa de un trago—. No te apures, cielo, seguro que tu amante, ese tal «R», se hará cargo de vosotros. Puedes ir y alojarte con él.

—Aiden...

El hombre rompió a reír. Le dolía el pecho de rabia, angustia y dolor. Había encontrado cierta ironía en todo aquello y que ahora ella pareciese afligida le divertía sobremanera. No se apiadó un ápice de Elisabeth cuando se acercó a él con las mejillas rojas, no sabía con exactitud si de ira, vergüenza o qué. La realidad es que no conocía para nada a esa mujer. La dulce flor a la que había amado, su querida Lizzie, no existía; solo veía ante él a una arpía. Su voz alterada lo sacó de sus pensamientos e hizo que la mirase.

—Aiden, por favor, deja que me explique —le rogó Elisabeth—. Edwin es un bebé inocente, creí que hacer esto sería lo mejor para él, para su futuro. Aiden, por favor...

—¿Adjudicarme el hijo de otro mientras tú te revuelcas con el padre era lo mejor? —preguntó airado—. Por Dios, Elisabeth, deja de hacer el ridículo y lárgate de mi casa.

—Aiden, te lo ruego...

—¡Que te largues de mi casa! ¡No quiero volver a verte!

La joven frunció los labios y salió de la habitación con paso tan raudo como con el que había entrado, pero el heredero de Cloverfield no se movió del sitio. Tomó la botella y dio un trago sin molestarse en servir el licor en una copa. Después, se dejó resbalar por la pared, junto a la chimenea, hasta quedar sentado sobre la alfombra, con toda la intención de sumergirse en ese *whisky* caro para intentar ahogar las penas. Lo que acababa de pasar dolía como una herida sangrante. Elisabeth, su Lizzie, había salido de su vida para siempre, ella misma había matado su amor con su traición.

El corazón dejó de latirle por un momento. El alma se le transformó en cenizas.

Con ella se llevaba su corazón, su espíritu y su pasión. Con ella nacía la promesa de jamás entregar su amor a otra mujer. Desde ese día, lo juraba: lord Aiden Wadlington se convertiría en la fachada que todos esperaban ver, el despreocupado vividor que había sido antes de conocerla a ella.

Capítulo 1

Lirio de los valles

Cloverfield, Inglaterra.
Primavera, 1863

El traqueteo del carruaje era constante sobre los adoquines de piedra del camino salpicado de flores y la brisa fresca entraba por la abertura de la puerta, cuya cortina de terciopelo verde musgo estaba firmemente sujeta por una delicada mano. Cuando una pareja de petirrojos azules pasó volando delante de sus ojos, la joven sonrió sin poder evitarlo.

—¿Quieres recordarme por qué tenemos que ir a esa fiesta cuando hay tanto por descubrir en este lugar, tía Frances? —preguntó—. No había esperado que Cloverfield me gustase más que York, pero admito que estaba en un error. ¡Es maravilloso!

—Te lo he dicho cien veces, Eleanor, porque la fiesta de primavera de los duques de Cloverfield es una tradición del lugar. Además, a tu madre le hará bien el aire puro de la

campiña —contestó Frances—. ¡Y cierra ya esa cortina, se va a colar un bicho!

Eleanor se rio al imaginar a su tía peleando con un escarabajo de brillantes colores en la pequeña cabina del carruaje. Irónico, al tratarse de una mujer que se había criado en el campo.

—No sé por qué le das tanta importancia a los Wadlington —dijo la joven.

—¿Quieres que te haga una lista de motivos, sobrina?

—No te burles, tía Frances. ¿Acaso no te acuerdas de lo que dice siempre tío Miles? «El sarcasmo es de idiotas, solo ellos buscarían aparentar ser más listos de lo que son» —resopló Eleanor, al tiempo que su sonrisa se hacía más amplia—. Hazme caso, es mejor no ir. En lugar de eso, quizá podamos visitar el jardín botánico mañana, seguro que a madre le hace ilusión la idea.

—Basta ya, Ellie, no insistas —le interrumpió Frances—. Una invitación de la duquesa de Cloverfield no se puede rechazar sin sacrificar la propia reputación en sociedad. Por Dios, ¡eres joven, chiquilla, deberías estar deseando ir a cazar marido, como hacen todas!

«Seguro, pero yo no soy como ellas», pensó Eleanor, y puso los ojos en blanco.

—Lo que tú digas, tía Frances —dijo al fin la joven.

Ninguna de las dos quiso replicar más. Ambas siguieron el camino sumidas en sus pensamientos. La joven, exasperada por la insistencia de su tía, que parecía decidida a buscarle un marido rico entre uno de esos herederos, cuando lo que ella quería era ir a dar una vuelta por el campo y buscar plantas.

Tener un gran jardín era su sueño, y en York le había resultado muy duro hacer gala de su pasión, con la civilización y la industria cada vez más cerca del corazón de la ciudad. Las altas chimeneas le daban al cielo un tono gris como el carbón; pero aquí, en la campiña del sur, las cosas serían distintas. Eleanor lucharía por cumplir sus ilusiones se opusiera quien se opusiese.

De todas formas, no necesitaba el dinero de un marido para subsistir. Desde la muerte de su padre, era muy rica, ya que el hombre le había legado toda su fortuna, pues era su única hija. Su madre había enfermado de tisis meses antes de quedarse viuda y, aunque había superado la enfermedad, los pulmones se le quedaron debilitados. Por eso, aquella estancia en la campiña sería un buen remedio para su salud. Eleanor estaba contenta, pues, a pesar de todo, tenía confianza en el futuro.

Frances, sin embargo, pensaba de otra manera. Para ella, que su sobrina se casara con un noble era un asunto de prioridad máxima. Primero, porque, aunque eran ricos, no tenían acceso al dinero familiar. El padre de Eleanor, esposo de su hermana Margaret, le había legado su fortuna a su hija con la condición de que se casase antes de un año. Sin embargo, la joven era tan terca y necia que se negaba en rotundo a esa posibilidad. «Quiero alcanzar mis sueños por mí misma», esgrimía la muy inocente.

En segundo lugar, porque su esposo, el barón Miles Asforth, había dilapidado su fortuna. No podía culparlo: ambos amaban el nivel de vida que llevaban y no habían reparado en nada. Por eso, su apellido era una máscara perfecta para que su

sobrina atrapase a uno de esos jóvenes duques o condes casaderos. Solo había que azuzar un poco a Eleanor. Que le echase el lazo a uno supondría la salvación de su familia.

Sin embargo, no volvió a sacar el asunto a colación, sabedora de que solo la predispondría en contra de esa idea. En lugar de eso, se limitó a mirar por la ventanilla. Ya no faltaba mucho para llegar a la casa de campo de los Hallbrooke, la familia del padre de Eleanor, donde se alojarían esas semanas de verano hasta que la salud de Margaret mejorase. Unos minutos más tarde, el cochero se detuvo frente a la propiedad y ambas la miraron con asombro. La mansión era maravillosa, constituía una estampa deliciosa.

De altos muros blancos, la fachada principal estaba cubierta por amplios ventanales sembrados de enredaderas y rosales y el tejado de tejas grises quedaba semioculto por dos grandes árboles. Estaba construida en piedra de color gris claro y tenía varias terrazas. Parecía un pequeño palacete medieval, en comparación con la arquitectura neoclásica de York.

Cuando llegaron frente a la puerta, tras cruzar el jardín, Eleanor bajó de un salto y giró sobre sí misma, contenta de estar en su nuevo hogar de verano. Estaba segura de que aquella sería una estancia fascinante. Frances bajó con elegancia y miró a su sobrina con una pequeña sonrisa. A pesar de su cuestionable comportamiento, la quería mucho.

—¿Quieres entrar a ver a tu madre ahora o vas a seguir embobada con el jardín? —inquirió sin perder la sonrisa.

—Oh, sí, sí, lo siento, tía Frances —se disculpó Eleanor—. Subiré ahora mismo, solo quería ver el lugar. ¡Hay

tantas cosas que quiero hacer por aquí! ¿Te has fijado en la cantidad de flores que crecen sin que nadie las cuide? Ah, tía, este lugar tiene infinitas posibilidades...

—Sí, sí, sea como fuere, compórtate como una señorita y entra en casa. No olvides que eres la heredera del apellido Hallbrooke, Ellie, no una cabrera de pueblo.

La joven asintió y ahogó una risa, y así, juntas, tía y sobrina, entraron en su nuevo hogar.

❋❋❋

Era la primera vez que Eleanor visitaba esa casa desde que tenía seis años. Su familia solía veranear allí cuando era niña, pero tras la muerte de sus abuelos paternos, no había vuelto. El palacio traía malos recuerdos a Ernest y Margaret. Sin embargo, la casa estaba exactamente igual que como la joven la recordaba. Los cuadros de sus antepasados decoraban las paredes, las caras alfombras afganas cubrían los suelos de brillante roble pulido y las cortinas doradas vestían los altos ventanales. El lugar olía a fresco, a flores recién cortadas y Eleanor supo que los criados habían hecho su trabajo para recibir a su madre como merecía.

Margaret había llegado la semana anterior para darle tiempo a su hija de poner las cosas en orden en su casa de York, pero ahora que todo estaba zanjado, la familia se reunía en Cloverfield para pasar el verano y Eleanor no podía estar más contenta. Cruzó el vestíbulo a grandes zancadas y subió las escaleras en dirección al dormitorio principal, donde se alojaba su madre. Tocó un par de veces sobre

la puerta de nogal y, cuando oyó un leve «adelante», entró. Un mar de recuerdos la invadió nada más posar los ojos sobre la estancia.

Estaba igual que cuando su padre aún vivía y una sonrisa triste adornó su rostro mientras caminaba hacia su madre, sentada en una mecedora junto a la ventana. Llevaba su largo y brillante cabello rubio oscuro, como la miel tostada, recogido en una trenza sembrada de perlas y un vestido lila de satén medio cubierto por una mantilla de lana. Eleanor se arrodilló junto a ella y le tomó las manos para besárselas. Entonces, reparó en la pequeña florecilla que su madre tenía entre los dedos, un lirio del valle. Elevó las comisuras de los labios al comprender lo que significaba aquella flor: esperanza y fe en el futuro.

—Me agrada verte contenta, Ellie —comentó Margaret—. ¿Te alegras de haber venido a esta casa o preferirías estar celebrando la temporada social de York? No me gustaría nada que mi salud te hubiese alejado de tus sueños, hija.

—Qué cosas dices, madre. Sabes bien que odio esas reuniones sociales que tanto le gustan a tía Frances —contestó la joven—. Además, no recordaba que el jardín de esta casa fuese tan grande. Creo que podré cultivar muchísimas plantas para llevarlas de vuelta a York y dar comienzo a mi pequeño proyecto.

—Imaginaba que dirías eso. Sin embargo, hoy he de romper una lanza en favor de Frannie, Eleanor. Hace un par de días llegó una carta invitándote al baile de primavera de los duques de Cloverfield y creo que, por una vez, deberías dejar tus remilgos de lado y asistir.

Eleanor puso los ojos en blanco y trató de alejarse, pero Margaret la detuvo.

—No puedo creerlo, madre, ¿tú también? —se quejó la joven—. No esperaba que te unieses a la caza de marido que pretende tía Frances. ¿Qué soy yo, el cebo para que esos chacales con piel de oro se entretengan?

—No eres el cebo para nadie, solo una jovencita obstinada e ingenua que no conoce la vida ni el amor —respondió Margaret tosiendo—. Sabes que, en otras circunstancias, no te obligaría, Eleanor, pero aceptemos la realidad... Me estoy muriendo.

—Madre, no digas eso, el médico dijo que el aire puro te haría bien.

—El médico dice muchas cosas, pero yo sé lo que siento y no quiero dejarte a merced de tu tío Miles. No me malinterpretes, hija, es un buen hombre y te adora, pero si no encuentras a alguien a quien amar que cuide de ti y con quien puedas formar una familia, tus tíos malgastarán tu dinero y te quedarás desamparada. No quiero eso para ti.

—¿Y esperas que encuentre el amor de mi vida en esa fiesta? —resopló Eleanor—. Madre, no seas ingenua, los que van a esas reuniones sociales no buscan vivir un cuento de hadas.

—Nunca lo sabrás si no asistes, Ellie —dijo entremezclando sus palabras entre toses.

Margaret soltó las manos de su hija en ese momento y la joven se alejó, deteniéndose junto a la ventana para mirar afuera. El sol brillaba y entonces supo que no podía decepcionar a su madre. «¿Y si esa fuera su última voluntad?», pensó. No tendría más remedio que complacerla.

—Está bien, madre, vosotras ganáis, iré a esa condenada fiesta —suspiró antes de volverse hacia ella emulando una sonrisa divertida—. Sin embargo, estoy en tus manos, no tengo ni idea de qué voy a ponerme...

—Bien, vamos a ver tu vestidor. No será tan difícil —contestó su madre más animada.

Ambas mujeres rompieron a reír y se encaminaron a la habitación de Eleanor dispuestas a encontrar un vestido que dejase a todos los nobles con la boca abierta.

❋❋❋

El ajetreo en el ducado de Cloverfield era considerable. Las flores adornaban cada rincón del palacio, desde el recibidor, las escaleras y el salón hasta la fachada principal. Todo debía ser perfecto para el gran baile y, dado que la celebración de la primavera era una tradición ancestral de los Wadlington, la duquesa, *lady* Adeline, no había escatimado en nada. Ese año, la fiesta consistiría en un baile de disfraces de época para celebrar el centésimo aniversario de la construcción del palacio de Cloverfield. Todos los invitados llevarían peluca blanca, antifaz y grandes vestidos de estilo rococó, igual que sus abuelos en la época de fundación, 1763. La duquesa estaba absolutamente entusiasmada con esa ocurrencia.

Para reconocerse, los invitados llevarían una flor en la solapa. De esa forma, rendían un doble homenaje: a la primavera y a sus antepasados. Por eso, el aspecto del lugar debía hacer gala a su idea. Incluso había convencido a sus dos hijos para que acudieran a la fiesta. Desde el nombramiento

de Avery como abad mayor por el obispado, Aiden y él no habían vuelto a cruzar palabra, y *lady* Adeline esperaba cambiar eso aquella noche.

Cuando el menor de sus hijos apareció por las escaleras, sonrió.

—¡Aiden, estás magnífico! —dijo—. ¿Has elegido ya tu flor para esta noche?

—Sí, madre, puedes quedarte tranquila —dijo y se señaló la solapa de la casaca—. Ni siquiera tú podrás encontrar una queja sobre mi comportamiento esta noche. Te di mi palabra y ya sabes que cumplo lo que prometo.

Lady Adeline se fijó en la flor que el joven señalaba y alzó las cejas con sorpresa.

—¿Una gardenia blanca? Hijo, qué adecuado, es perfecta para ti.

Aiden hizo un gesto de fastidio y sonrió de medio lado. Sabía lo que su madre esperaba, que encontrase una mujer a la que volver a amar después de lo que le había pasado. Él no tenía la menor intención de someterse a sus deseos, pero tampoco quería ofenderla no acudiendo a la fiesta. Para *lady* Adeline, el baile de primavera era muy importante y no perdía nada por complacerla.

—Si me disculpas, madre, tengo que salir —dijo—. He quedado con Tim, Fred y Byron para ir al sastre a recoger nuestras pelucas. Volveré a tiempo para la fiesta.

—¿No vas a esperar a tu hermano? —preguntó ella.

—No. Dudo que «su ilustrísima» se rebaje a ponerse un disfraz como los demás mortales —se burló Aiden—. Además, sabes bien que no soporta a mis amigos.

—Sí, lo sé, pero había esperado que os dieseis una oportunidad.

—Se la daré cuando la merezca, madre —espetó Aiden—. Ahora debo irme.

—Claro, hijo mío, nos vemos esta noche —suspiró *lady* Adeline.

Aiden asintió y besó la mejilla empolvada de la duquesa antes de cruzar el vestíbulo y salir del palacio de Cloverfield en dirección a las caballerizas. Dale, el mozo de cuadras, ya había ensillado a *Caballero,* el ejemplar de purasangre negro, y una vez sobre la silla, el heredero del ducado lo espoleó y echó a cabalgar sin mirar atrás.